

# Guadalupe Grande



Guadalupe GRANDE (Madrid, 1965). Ha publicado los libros de poesía *El libro de Lilit*, (Renacimiento, Premio Rafael Alberti, 1995), *La llave de niebla* (Calambur, 2003), *Mapas de cera* (Poesía Circulante, Málaga, 2006) *La torre degli Arabeschi*, (Milán, 2009), *Hotel para erizos* (Calambur, 2010) y *Métier de chrysalide* (antología en traducción de Drothée Suarez y Juliette Gheerbrant, Alidades, Évian-les-Bains, 2010). Junto a Juan Carlos Mestre realizó la selección y traducción de *La aldea de sal* (Calambur, 2009), antología del poeta brasileño Lêdo Ivo. Como crítico literario, ha colaborado desde 1989 en diversas publicaciones: *El Mundo*, *El Independiente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Urogallo*, *Reseña*, *Nayagua*, etcétera. En el año 2008 obtuvo la Beca Valle Inclán para la creación literaria en la Academia de España en Roma. En la actualidad es responsable de la actividad poética y editorial en el Centro de Estudios de la Poesía de la Universidad Popular José Hierro (San Sebastián de los Reyes, Madrid).

## Sociedad Protectora de Animales

a nadie le importa que ladren los perros, a nadie cuál la profundidad de las alturas en las que se producen las catástrofes  
a nadie la caída y nadie silbará en el bosque para que la jauría regrese a los portones de la ciudad

nadie permanece alerta sobre los lechos de violetas y el que será nadie tampoco acaricia el grado más alto de la tristeza en la tormenta de acónito

a nadie le preocupa si los perros persiguen a nadie y nadie velará la pierna sobre la que se abalancen

nadie husmeando el sentido insignificante que todo lo colma  
menos que nadie quien vigile la abeja que liba en la historia de la injusticia para llevar al panal los despojos de lo justo

y tampoco nadie en la bisagra de la maleta rescatando los trípticos de las llamas

aquí se muere de hambre de cuervo, perros de siempre persiguiendo lo mismo de siempre, el miedo



## Jarrón y tempestad

Como descenso por la flor desapacible  
todos los equipajes  
más ligeros que la eternidad de las víctimas  
se dispersan en el mar de los astros de lana verde.  
Las fronteras, la trompeta arcaica, el río circular  
los veloces juguetes de la felicidad, sobre todo  
la unidad del error.  
Todo menos frágil que la eternidad de las víctimas.  
No ha llegado a la retina el enjambre que anima el amor  
ni el sol bajo el oro místico distante a la pasión de volar.  
La circulación del ácido en la heredad florida  
el puente de cieno, las bridas del horizonte  
que se ciernen sobre la enorme marea en la encrucijada sin tiempo  
el leviatán desde lejanas horas  
devorando el vidrio de la caligrafía, sus benditos perfumes.  
Todo más espeso que la eternidad de las víctimas.  
Tal vez los ellos, tal vez las letras en ese jarrón de flores  
atravesen el sueño del barco perdido  
hasta el puerto todo carcasa en su comienzo marino  
abrazados en la ruta de los ritos  
eternidad de la inmovilidad parapetada  
en el cielo delirante donde duerme  
llora, avanza, ama, se exilia lo exiliado de la verdad  
y se abriga el frío de las ardillas que se esconden  
como barco de papel ante la tempestad de las maderas.  
Nada tan evidente como la eternidad de las víctimas  
trasparente como la amenazadora belleza de la flor.

